

PRÓLOGO

Los monstruos existen. De niños los imaginamos escondidos dentro de los armarios, aguardando la noche para asaltarnos en la oscuridad y robarnos el sueño. Cuando crecemos descubrimos que los monstruos no se ocultan entre las sombras sino que están entre nosotros, trabajando en nuestras oficinas, paseando por nuestras calles... a plena luz del día.

Es fácil darse cuenta de que no todos los monstruos son iguales. Algunos son engendros cuyas deformidades físicas los convierten en pasto de las burlas de la chiquillería y de la repulsa de los adultos. Y, aunque en su pecho no lata un corazón malvado, son seres contrahechos condenados a provocar espanto. Pero hay otros monstruos a los que no es fácil reconocer a primera vista. Pese a que en apariencia no haya nada aberrante en ellos, desde el mismo instante en que son arrojados del vientre materno traen consigo alguna anomalía que los convierte en seres antinaturales. Su futuro es incierto y depende de la combinación de unos elementos sumamente delicados: su malograda genética, su capacidad de adaptación al entorno y la suerte. Antes o después, los más abominables acabarán pudriéndose entre rejas, purgando sus atrocidades en la soledad de una celda. Solo unos pocos están destinados a la gloria, aquellos capaces de sacar partido a la genialidad inserta en sus genes defectuosos. No todos los monstruos llegan a convertirse en genios, pero en todo genio se agazapa un monstruo. Así ha sido desde siempre y seguirá siendo.

Esta es la historia de un monstruo, la conocida como el extraño caso de Santiago Tuga Ayo. A ustedes les tocará decidir si se trata de un monstruo genial o de un genio monstruoso. Yo les narraré esa historia. La conozco muy bien, porque Santiago Tuga Ayo soy yo. Y ahora que he desvelado el primero de mis secretos — mi condición de monstruo —, debo proseguir con un asunto no menos peliagudo: justificar el motivo que me ha llevado a relatar mis siniestras memorias. Cabe suponer que lo haga por pura vanidad, para ocupar un lugar, por insignificante que sea, en la historia, la ciencia, la crónica social, o en algún bestiario de seres extraños o fantásticos. O porque el hecho de escribir requiera una actitud reflexiva que dé cierto sentido a mi confusa existencia.

Algunos escritores afirman que escriben por necesidad. Yo no soy escritor y esta es la primera vez que me entrometo en el mundillo literario para ejercer como tal. Sin embargo, según la Real Academia Española de la Lengua, un escritor es, en su primera acepción, «la persona que escribe». Así de sencillo, sin la menor mención de oficios. La sola presencia de este texto prueba, por tanto, que mi persona se ciñe a esta definición.

Resultaría paradójico que de todas las empresas que he llevado a cabo en mi vida prevaleciera la de escritor, en cuyo caso podría aportar estas memorias al maravilloso universo de las letras, dando así un sentido a mi existencia del que estaría plenamente satisfecho pues siempre he admirado a los maestros de la palabra. Sea lo que fuere, y lejos de considerarme un maestro o un escritor, creo hallarme en este proceso de desnudarme por escrito debido a una imperiosa necesidad de relatar los insólitos acontecimientos que han rodeado a mi persona.

Cabe también la posibilidad de que el escritor no sea sino un mero transmisor de historias, un contador de cuentos, y que sean los personajes los que escogen a su autor, tal como sostiene Antonio Tabucchi cuando alega que Pereira, el entrañable

protagonista de su novela más destacada, era solo un personaje en busca de autor que se le apareció fantasmagóricamente una noche de septiembre de 1992. Otro gran acierto, en cuanto a personajes que dan con el novelista adecuado, lo encontramos en los hechos que acontecieron, en la realidad y en la literatura, la noche del 15 de noviembre de 1959 en Holcomb, una población del estado de Kansas. La desgraciada familia Clutter y sus asesinos, especialmente sus asesinos, no habrían podido encontrar mejor narrador para inmortalizar su infortunio que Truman Capote. Sin embargo, el brutal homicidio que sacudió la hasta entonces aburrida y anónima existencia de un tranquilo pueblo del sur de los Estados Unidos no nos sirve como ejemplo. No fueron ni las víctimas ni sus verdugos los que eligieron al señor Capote, sino que fue el periodista norteamericano quien, tras leer la noticia del crimen en los periódicos, se sintió fascinado por una tragedia que relató, con una meticulosidad casi enfermiza, en la sublime novela *A sangre fría*.

En el caso de mi historia, su protagonista no tiene elección ya que solo me tiene a mí. Soy al mismo tiempo personaje y autor, juez y parte, con lo cual espero estar a la altura de las circunstancias para no defraudarlo. Antes de iniciar esta narración, debo aclarar que soy consciente de que la autobiografía que el lector tiene en sus manos está condicionada por el instante preciso. ¿Qué quiero decir con ello? Que si hubiera elegido otra etapa de mi vida para empezar a escribir, la historia sería sutilmente diferente. Este concepto, al que llamo «el instante preciso», explica el motivo por el que Cervantes escribió El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha de la forma tan original y exquisita con que lo hizo. No cabe duda de que el llamado Príncipe de los Ingenios acertó a encontrar su instante preciso cuando se decidió a relatar las andanzas de la que hoy es considerada la primera novela moderna. ¿Qué habría ocurrido si un contratiempo hubiera pospuesto

la decisión de Cervantes de escribir su inmortal obra? Pues quizá que los personajes y sus aventuras hubieran sido distintos. En el peor de los casos, ni siquiera existiría tan magna obra, con lo cual no sería inmortal sino nonata sin más. Afortunadamente, el destino o la suerte nos empujan, en ocasiones, a dejarnos llevar en el momento adecuado. En mi caso, no tengo otra opción, no puedo posponerlo, así que rogaremos al destino o a la suerte que sea condescendiente conmigo y me haga, como a Cervantes, haber elegido el instante preciso para sentarme a escribir.

Si les soy sincero, debo admitir que no acabo de encontrar una razón suficiente para entender por qué recurro a la obra más destacada de Cervantes, ya que nunca he pasado de la primera página. A mi favor diré que en el instituto estudié una breve antología, amén de algunas novelas cortas del genial escritor. Ya sé que no es excusa, y afirmo solemnemente que lamento no haber siquiera intentado entregarme al deleite de su lectura, pero también es verdad que en mi lista de arrepentimientos no figura en lugar destacado.

Ahora no es tiempo de remordimientos sino de relatar los acontecimientos que me han llevado a sumergirme en un análisis retrospectivo que me está embargando el alma con cierta emoción y trascendencia. Hay situaciones en la vida de una persona en las que uno presiente que está ante un lance importante, que se encuentra en un cruce de caminos con la certeza de saber cuál es el siguiente paso a dar, pese a no ser la única opción ni la más acertada. Es la trascendencia de la que hablo. La decisión está tomada y ahora es el momento de escribir sobre mí. Yo y mi circunstancia, como diría el filósofo, aunque al presente solo perciba un montón de ideas inconexas a las que espero poder dar la forma adecuada.

Tienen ante ustedes la increíble pero verídica historia de Santiago Tuga Ayo. De no ser cierta, Santiago no sería más que un fantasma nacido de la imaginación delirante de un escritor.

Pero como ustedes ya saben, soy el propio Santiago y me presento ante mis lectores no como un fantasma sino como lo que soy desde que fui concebido: un error de la naturaleza.

Sin más dilación, comenzaré por el principio porque sin principio todo es desorden, y aunque a veces el principio no sea el comienzo de todo, es preciso tener un inicio para que una historia tenga sentido. También será necesario aportar un final, pero es demasiado pronto para interesarnos por él.